

manidad, no es simplemente el arte de relatar los hechos pasados, sino la ciencia que determina las relaciones constantes entre ciertos fenómenos, es decir, las leyes históricas. Lo mismo que en las demás ciencias, para determinarlas es necesario observar y describir los fenómenos, para llegar más tarde á descubrir sus principios más generales. *La Ciudad Indiana* describe, con método, los fenómenos de la vida colonial: el principio de nuestra historia. Es á la Argentina lo que una crónica de los primeros años de la infancia en la biografía de un joven; queda por hacer la crónica de su adolescencia, y luego esperar que viva su vida para definir su personalidad. Sociológicamente, la historia argentina no puede ser más que la biografía de un joven; sería, por lo menos, imprudente pretender encontrarle ya una filosofía de la historia. Mientras sigue recorriendo su vida, sea bienvenido este estudio útil y serio de su infancia, en el cual están sistematizadas muchas observaciones preciosas para los sociólogos del porvenir.

Nuestra América. ⁽¹⁾

I.—*Criterios y métodos sociológicos.* II.—*La psicología de los hispano-americanos.* III.—*La política hispano-americana.*

(1) Publicado en *Revista de Derecho, Historia y Letras*, Buenos Aires, 1903.

I

CRITERIOS Y MÉTODOS SOCIOLÓGICOS

Toda vez que la crítica escruta nuestra producción en las ciencias sociales, diríase que la evolución histórica de los pueblos hispano-americanos encierra insondables enigmas, como no los tuvieron pueblos de más complejo desenvolvimiento, cuyo ritmo evolutivo no oculta su engranaje á la indagación perspicaz de la sociología.

Hemos hojeado tantas veces las «historias» — como se llama á estas enumeraciones cronológicas de acontecimientos—de nuestros narradores más ó menos bien informados é imparciales, sin que asomara en ellas una interpretación científica de nuestra evolución. En suma, son empíricos, perdidos en el complejo engranaje de fenómenos cuyo determinismo no parece preocuparlos. Bunge denuncia este mismo hecho: «Excepto unos pocos autores muy señalados, sólo se escriben cronicones que pasan por historia y paisajes que se preten-

de sociología»; veremos si él ha sabido hacer excepción.

Sociólogo verdadero, por intuición más que por sistema, fué Sarmiento, con su *Conflicto y armonías* y su *Facundo*, ambos del mejor corte sociológico, obras de precursor genial. No en vano fué el único hombre de genio florecido en tierra americana cuando aún no había amanecido el moderno espíritu científico; volcando en odres nuevos su vino viejo, vémosle, en *Conflicto*, pretendiendo ser spenceriano, intentando por vez primera introducir criterios científicos en el estudio de nuestra evolución histórica.

Un estudio de sociología argentina puede ser *general* ó *particular*. Si es general, cabe exigirle una interpretación sintética del origen, evolución pasada y tendencias evolutivas venideras de la sociedad argentina; debe abarcar las diversas instituciones que constituyen la superestructura de nuestro organismo social é indagar si todas evolucionan sobre la base de alguna predominante. Con ese criterio escribió Sarmiento su *Conflicto y armonías de las razas en América*, feliz intuición del criterio y del método sociológico contemporáneos.

Si es particular, se reducirá á estudiar la evolución de una de las instituciones, aisladamente, á través de toda nuestra historia ó de alguno de sus períodos; ó bien tomará un «momento histó-

rico» para indagar sus causas determinantes, sus manifestaciones y sus consecuencias. En este orden será siempre un ejemplo óptimo el *Facundo*.

Ambos tipos de estudios sociológicos—general y particular—pueden estar tarados por el error, la parcialidad ó ser unilaterales; lo indispensable es que posean un criterio de interpretación, una visión sintética. Un estudio de sociología puede no ser exacto; pero una crónica desarrollada á través de impresiones subjetivas no puede ser, de ninguna manera, un libro de sociología.

Hemos bregado por ello desde que nos inmiscuimos en estas cuestiones. Sin esqueleto euritmico no puede existir buen cuerpo. En el organismo humano, enseñan los tratados de anatomía artística, lo primordial para la belleza es el esqueleto; aplíquese tal verdad á todo estudio del organismo social: la obra requiere buen armazón para ser eficiente. Nuestros escritores de historias tuvieron tejido adiposo, piel satinada algunos, tal otro buena musculatura, mas carecieron todos de esqueleto; encorvándose bajo la gravitación del dato y de la fecha, privados de un sostén fundamental.

No los penetró, siquiera, la síntesis evolucionista de Spencer en sus aplicaciones á los fenómenos sociales. No basta—conste—haber leído á Spencer, ni bastaría citarlo con frecuencia; es necesario haber asimilado el «criterio evolucionista», po-

seerlo como una modalidad del espíritu, como orientación mental permanente. Es lógico suponer que no poseyeron interpretaciones sintéticas especiales de un evolucionismo sociológico que desconocieron.

Obsérvese que, como lo advierte Worms en uno de sus balances de la sociología contemporánea, desde la constitución de las ciencias sociales se presintió la existencia de una correlación íntima entre los diversos órdenes de fenómenos sociológicos. Numerosos investigadores intentaron unificarlos, comprendiendo la preponderancia fundamental de alguno entre ellos, que obraría como propulsor y guía de la evolución compleja del agregado social. Muchos sociólogos han extremado el concepto, atribuyendo á tal ó cual orden de fenómenos una importancia exclusiva; empero, aun los menos partidarios de la cristalización en sistemas exclusivistas, se ven forzados á reconocer que la interpretación sintética de la evolución de un agregado social conduce á determinar un orden de hechos predominante: el organismo reclama su columna vertebral.

Podría, en suma, considerarse verdaderamente sociológica toda obra inspirada en un criterio sintético y coordinada según el método científico. La síntesis interpretativa fué siempre el objeto de la antigua filosofía de la historia, precursora de la sociología.

En los modernos ensayos sociológicos se definen

las tendencias más diversas, subordinando toda la evolución del agregado social á la de uno de sus factores principales. Pero de todo ese conjunto de doctrinas y criterios despréndese una inclinación general á eludir las interpretaciones subjetivas, dando importancia á la base mesológica, tendencia que también se delinea claramente en los trabajos históricos y críticos de Taine y de Renán.

Los ensayos de reconstrucción histórica hispano-americana carecieron de una idea-base, de un criterio interpretativo cualquiera, indispensable para imprimirles verdadero carácter sociológico.

¿Es posible una interpretación sintética de nuestra evolución histórica?

Ninguna reticencia inhibe nuestra respuesta afirmativa. Una síntesis sociológica—después se discutirá si es exacta, probable, errónea ó inverosímil; clara ó abstrusa; completa ó unilateral—de la evolución histórica hispano-americana es posible. En última instancia, sólo se trata de poseer un criterio unitario, como lo tuvo Sarmiento al escribir las dos obras citadas.

Consideramos exacto el criterio llamado por Loria «economismo histórico», y hemos ensayado su aplicación á la historia sudamericana en general y particularmente á la argentina. La base de esa escuela sociológica puede resumirse en pocas palabras: el advenimiento y las transformaciones de los fenómenos económicos constituyen el princi-

pal elemento propulsor y directivo de la evolución de los agregados sociales, determinando los caracteres generales de las diversas instituciones—políticas, religiosas, morales, intelectuales, etc.—, que constituyen la superestructura de la constitución social.

Esta interpretación sociológica de la historia—cuya génesis hace remontar Plechanow hasta Holbach y Helvetius—tuvo asidero en las concepciones, cada vez mejor orientadas, de Guizot, Quételet, Thomson, Bagehot, Morgan, Rodgers; llegó a esbozarse en Stein, alcanzando una expresión concreta en los escritos de Marx y Engels, recientemente ilustrados por las críticas de Sorel y Kautsky, y metodizados en tres ensayos sistemáticos de Labriola. Correspondió á Aquiles Loria, ya eminente por su *Analisi della Proprietà Capitalista*, dar cuerpo á la doctrina, elevándola á la dignidad de sistema unitario y sintético en *Le Basi economiche della Costituzione sociale*. No es esta la oportunidad para insistir sobre las doctrinas del «economismo histórico», como Loria lo llama, ni sobre su invasora difusión en la sociología contemporánea (1); las recientes discusiones en la Sociedad

(1) Basta citar este párrafo de Loria: «E attorno á questo indirizzo scientifico si è raggrupata negli ultimi anni una numerosa coorte di filosofi, di storici, di sociologi, i quali ripetono con infinite variazioni e commentano in mille chiose le derivazioni delle istituzioni sociali e

de Sociología de París (1) y en el cuarto Congreso del Instituto Internacional de Sociología celebrado en la Sorbona en Septiembre de 1900 (2) diéronle la más completa consagración en el mundo científico.

Como ejemplo del valor práctico de este nuevo

politiche dai rapporti economici. Nella Germania si addicono più o meno apertamente a tale indirizzo storico il Kiesselbach, lo Schael, il Dietzel, il Weisengrün, il Gumpowicz, mentre il Lamprecht lo assume a criterio direttivo nei primi volumi della sua Storia tedesca. Nell'Inghilterra la tesi economica é affermata dal sociologo conservatore Mallock, mentre agli Stati Uniti essa giovasi delle numerose e interessanti ampliamenti del Brock Adams e ravvalorasi per la incondizionata adesione dell'autorevole economista E. R. Seligman. In Francia il De Molinari, a furia di esagerazioni, riesce a dare nulla più che una caricatura di quella tesi fondamentale; ma il Fustel de Coulanges, tracciando le origini del regime feudale, afferma ch'egli interessi materiali sono la base della storia. Nel Belgio il De Greef chiarisce egregiamente la preminenza del fatto economico su tutti i fatti sociali; e in Italia cotesta preminenza coraggiosamente enunciata dal Puviani, affermata dal De Johannis e dal Vidari, é chiarita dal Mellusi, arricchita per opera del Labriola, dall'Asteraro, del Ferri, del Groppali, del Contino, e da altri molti di amplissimi comentari, e dottamente illustrata dal Cicotti, dal Salvemini e dal Arias con larghe e profonde ricerche sulle istituzioni politiche dell'antica Grecia e della repubblica fiorentina. Finalmente nella Russia il Plechanow e lo Struve, nella Polonia il Kellez-Krauz, nell'Argentina l'Ingegneros, si fanno dotti campioni della nuova dottrina, la quale vedesi per tal guisa salutata dall'unanime suffragio della giovane scienza nell'intero mondo civile.—*Le Basi economiche della Costituzione sociale*, página 432.

(1) *Revue Internationale de Sociologie*, números 5, 6 y 7 de 1900.

(2) *Annales de l'Institut de Sociologie*, tomo 8.

criterio general para interpretar los fenómenos históricos particulares, bastará citar, además de las tres monografías clásicas de Marx, la clara interpretación que acaba de dar Guillermo Ferrero de la historia de Roma, en dos tomos publicados en Italia, donde ha poco descifró Cicotti, con análogo criterio, las causas que hicieron declinar a esclavitud en el mundo antiguo.

En varios artículos expositivos ó críticos hemos indicado la necesidad de aplicar ese criterio á la interpretación de nuestra historia; hicimos más: ensayamos dar las líneas generales de las bases económicas de nuestra evolución sociológica. En trabajos breves encaramos la evolución de la barbarie precolombiana al capitalismo contemporáneo (1898), según el «economismo histórico», desarrollando el mismo criterio en otras publicaciones y estudios críticos. Posteriormente (1901) desarrollamos esas ideas en un trabajo sintético que espera nuestra propia ratificación para ser publicado, aparte de requerir nuevos estudios y ampliaciones. Es conocido por extractos (1).

(1) *El Economismo histórico y la evolución sociológica americana*, comentado como sigue por Aquiles Loria, á quien lo comunicamos: «Al congreso científico latinoamericano, tenutosi á Montevideo nel Marzo 1901, il dottore Ingegneros, già ben noto per importanti lavori sull'argomento, presentó una dotta relazione in difesa dell'«economismo storico» che venne unanimemente proposto ad oggetto di studio di un prossimo Congresso». — *Le Basi economiche della Costituzione sociale*, pág. 432.

Citamos estos ensayos propios á fin de evidenciar que nos anima en la crítica un propósito sociológico y no un improvisado «dilettantismo»; nuestra crítica tiende á cimentar ideas definidas. Al exigir en la obra ajena, histórica ó sociológica, cualidades que deben serle inherentes, estamos dentro de un sistema y un método que creemos útil; al afirmar que no tenemos sociólogos, juzgamos con criterio científico.

Una viva simpatía nos inclina hacia este libro de Bunge, obra de valiente y sincera disección de nuestro medio político; en concepto del autor, es un enquiridión de propaganda social. Sin embargo, no podemos afirmar que *Nuestra América* es un libro «sociológico»; desde los diversos puntos de vista posibles, encuéntrasele deficiente. Como simple sociología descriptiva no es una coordinación de fenómenos descritos en series sistemáticas, exponiendo sus influencias reciprocas; tiene lagunas é intenta interpretaciones sintéticas que conceptuamos inexactas. No es un libro de crítica sociológica, pues en él no se tamizan interpretaciones de nuestra evolución histórica; no puede serlo, pues no las hay. Como ensayo de psicología social contiene observaciones interesantes en el «libro primero», aunque su génesis está erróneamente interpretada; su principal objeto es dar una base étnica á los caracteres psicológicos, coincidiendo con esto con Sarmiento,

pero atribuye á la influencia de raza un valor cardinal y excluyente, sin reparar en que las condiciones del doble ambiente natural y económico influyen en la determinación de la psicología nacional. En fin, no pretende ser una obra de interpretación sintética, sociología histórica ó filosofía de la historia: no es una sociología de los pueblos hispano-americanos.

Como no criticamos por prurito de poner en punto de solfa, ni para abundar ruidosos aplausos de zarabandista, hemos querido exponer previamente el criterio que guía estas notas. Pasamos ahora al estudio de las ideas cardinales de *Nuestra América*, tomadas en sus grandes líneas, para señalar las facetas brillantes que presenta en su complejo poliedro, sin ocultar las mates y opacas.

Sea la crítica leal; así la hacemos y la esperamos. Sin que la palabra traicione á la intención

II

LA PSICOLOGÍA DE LOS HISPANO-AMERICANOS

Interesante en muchas de sus páginas, el «libro primero» de *Nuestra América* merece análisis detenido; lleno está de observaciones originales y á menudo perspicaces. En ellas determinanse las características psicológicas de los hispano-americanos y se indagan sus causas.

Bien se orienta Bunge al inquirir la determinación de nuestro carácter presente, remontando el estudio á las raíces étnicas que dieron su savia psicológica á nuestro pueblo. Sociólogos hay que imputan á la raza exclusivamente el desarrollo de las naciones; son los menos. Los más concédente influencia inicial—modificable por el ambiente—en la formación del «carácter nacional», llamando así á la resultante de los caracteres psicológicos más difundidos é intensificados en el mayor número de componentes de un agregado social.

Sarmiento—en *Conflictos y armonías de las razas en América*—encaró con altísima intuición so-

ciológica este problema; en las *conclusiones* enseñó que la colonización española se distingue «en que la hizo un monopolio de su propia raza, que no salía de la edad media al trasladarse á América y que absorbió en su sangre una raza prehistórica servil» (tomo II, pág. 415). En su carta á Mr. Noa (tomo I, pág. 333 y siguientes), pone de relieve la influencia que tuvo la incorporación de los indígenas á la vida nacional. Y en toda la obra esas ideas encuentran desarrollo profundo, dándoseles cardinal importancia.

Bunge sigue rumbos semejantes, aunque fácilmente se adivina que no ha leído *Conflicto*, de Sarmiento. En nuestra población hispano-americana reconoce la resultante de tres grupos étnicos, confundidos en estrecha amalgama, aportando cada uno las características psicológicas que le son propias; pone en segundo término los otros factores étnicos que accidentalmente convergieron á su constitución. Mientras los ingleses tuvieron en Norte América hembras anglosajonas, conservando pura su psicología al conservar la pureza de su sangre, los españoles se cruzaron con mujeres indígenas, combinando sus tareas psicológicas con las de la raza inferior conquistada; en la colonización de ambas Américas esa sería la diferencia fundamental. Los yanquis son europeos puros; los hispano-americanos están mestizados con indígenas y africanos, guardando la apariencia de eu-

ropeos por simple preponderancia de la raza más fuerte. En nuestra resultante psicológica colectiva, en nuestro carácter nacional, Bunge rastrea los caracteres propios de las razas componentes: la psicología del pueblo español en el tiempo de la conquista, la del indígena americano y la del esclavo africano. Concuerda plenamente con las ideas de Sarmiento, compartidas también por algunos escritores secundarios.

Generalmente Bunge observa y describe bien. Por desgracia atribuye importancia exclusiva á caracteres psicológicos que, aun siendo exactos, son secundarios en la evolución social de los pueblos, pues están subordinados á otra clase de factores. No consideramos satisfactoria su interpretación genética, ni razonable la terapéutica social propuesta.

Antes de comentarle conozcámosle, dando un extracto de sus ideas, tan claro y sistemático como puede merecerlo un ensayo que, si peca, es por demasiado esquematismo y tendencia á la simplificación.



Bunge señala cuatro caracteres fundamentales en el alma española. El *Decorum*, gravedad formalista, explicable por antecedentes romanos; la *uniformidad* en ideas, en sentimientos, en costumbres y hasta en trajes, emergida de las imposiciones de la inquisición, prohibitivas del libre

examen y enemigas de la originalidad individual; la *arrogancia*, que aun siendo originariamente bárbara, es una mezcla de orgullo germánico, gracejo árabe y verbosidad latina; la *indolencia*, de origen latino, atendido que la ética greco-latina consideraba el trabajo manual indigno del ciudadano libre. Fenómeno curioso es, sin duda, la *discordancia* de los diversos rasgos típicos del alma española. Bunge se burla de un alienista que ha creído encontrar en cada español un loco incipiente; pero olvida explicar esas discordancias del carácter. Según la misma teoría aplicada por Bunge a los hispano-americanos, creemos que es un resultado natural de la complejísima promiscuación étnica que caracteriza al pueblo español, hecho señalado por Sergi en un trabajo reciente y ya notado por Sarmiento.

Señala en los indígenas tres rasgos principales, comunes también a los pueblos asiáticos; afinidad comprobatoria de la hipótesis que hace inmigrar del Asia oriental los primeros pobladores de América. Esos caracteres son la *resignación*, la *pasividad* y la *venganza*, atributos de pueblos encanallados por una opresión secular, persistentes después de la presunta inmigración al continente americano, característicos de la mentalidad de nuestras razas indígenas. Esta observación es exacta y confirma otra de Sarmiento, que la cimentaba,

a su vez, en opiniones análogas de Prescott, Wilson, Ulloa y Depons.

Su psicología de los descendientes de africanos, importados en calidad de esclavos, es una página muy interesante; Bunge haría un magnífico boceto de psicología colectiva si reuniese, coordinándolas, sus felices observaciones acerca de la «psicología de los mulatos». Sarmiento caracterizó a la raza negra y su descendencia llamándola servil y trepadora (pág. 72 y siguientes). Bunge la tipifica por tres rasgos. «Tiene—dice—el *servilismo* de esclavos, propio de tribus fetichistas dirigidas por sanguinarios reyezuelos; son *maleables*, rápidos como gente de los trópicos; su *aspirabilidad*, dominada durante tantas edades, despierta con un hambre de siglos»; a este fenómeno típico en los mulatos (africanos que han reforzado su sangre con elementos europeos), llámalo Bunge: *hiperestesia de la aspirabilidad*. Se enamoran de la «última palabra» de los blancos y se hacen secuaces ardientes, con ardor tropical, tórrido. Fáltales, empero, el sentido moral cristiano, «aptitud que los europeos heredan a través de veinte siglos de ascendencia y que no es posible improvisar en conciencias mestizas y mulatas. Donde mayormente se revelan éstas, por desgracia, es en la *falta de probidad*; de ahí los gobernantes de sangre y de rapiña». Parécenos excesiva esta execración de los mulatos; encontramos exagerada su

influencia nefasta y sus malas cualidades psicológicas. Bunge resbala insensiblemente á afirmaciones paradójicas como la siguiente: Rivadavia, inteligente y bien intencionado, no pudo ser probo, por atavismo; Rosas, en cambio, á pesar de sus excesos inauditos, lo fué: por atavismo. «El uno era un blanco malo; el otro un mulato bueno». Hay exageración en estos irrevocables determinismos étnicos.

«Y sobre todos los rasgos comunes del carácter de los hispano-americanos destácanse tres fundamentales que lo tipifican, que sostienen como incommovibles columnas el «genio de la raza»: la PEREZA, la TRISTEZA y la ARROGANCIA».

La indolencia de los españoles—arguye Bunge—, siendo una de sus más clásicas prerrogativas, combinóse con la incuria nativa de los indígenas y con la apatía de los esclavos negros: de allí nació la «pereza criolla». Tiene ésta caracteres propios; es física y psíquica; implica una falta de actividad, mientras la europea es un *derroche* de actividad en cosas ociosas. Reviste dos formas. La absoluta: inacción total; la relativa: falta de disciplina, de método y de higiene en el trabajo. No se limita á una forma de actividad social; afecta á todas, es universal. Esta universalidad la hace mostrarse bajo diversos aspectos, siendo característica la *mentira criolla*. Dos elementos la caracterizan: la exageración mórbida y la falta de pro-

cisión. «Es un continuo engaño de acomodamiento á una inacción instintiva; el dejar-hacer transformado en dejar-fingir; un amable sistema de disfrazar la vida para rehuir toda responsabilidad, todo trabajo. O sea una fase ideológica y general del mal de raza: la pereza». La mentira europea en cambio, sería un estímulo permanente á la acción, un enaltecimiento del ideal realizable.

Para Bunge son típicos dos neologismos argentinos y sus derivados: *atorrar* y *macanear*. *Atorrar* es el movimiento de la pereza criolla; *macanear*, la palabra de la pereza criolla. «Atorrar» significa vagar y descansar sin rumbo y sin objeto, alternativamente, no para hacer ejercicio y reponerse, sino buscando el placer del movimiento y la quietud al acaso; «macanear» equivale á disertar, mintiendo á la criolla, es decir, tartarineando y equivocándose en el clásico poco-más ó-menos á un mismo tiempo. Los vocablos vagar y divagar no corresponden á esos dos conceptos de cepa genuinamente local.

Los primitivos pobladores de Sud América tenían por rasgo común la *tristeza*. La raza conquistadora no es alegre. Sólo el mulataje aporta elementos expansivos á la psicología de los hispano-americanos; mientras el indígena agonizaba en las pampas y el blanco protestaba del yugo de Rosas, el mulato bailaba su tango, á son de candombe, en los arrabales de Buenos Aires; aquí tam-

bién confirma Bunge la opinión de Sarmiento, para quien el negro era entusiasta y divertido de raza.

«El pueblo argentino no sabe reír», es la conclusión. El arte popular se condensa en músicas de singular melancolía; algunas se llaman «tristes». El gaucho tiene la tristeza de una civilización que languidece y se extingue. El mal pasa del campo á la ciudad. En las clases bajas urbanas y en las dirigentes nótase la misma falta de alegría. Los jóvenes parecen viejos gastados: no cantan, no beben, no ríen. Las llamadas «fiestas sociales» son simples ferias ó exposiciones del lujo burgués, cuando no redes que las mujeres tienden para atrapar al hombre en las mallas del matrimonio.

La *arrogancia* es española por excelencia, domina en toda la literatura castellana, á punto de haber desterrado su sentimiento de contraste: la delicadeza. Por eso los españoles carecen del matiz, del semitono, de la *nuance*; esta ausencia, según Bunge, se refleja en su idioma. Cervantes termina el *Quijote* lo mismo que Hernández el *Martín Fierro*: rompiendo el uno la péñola y el otro la guitarra para que nadie, después de ellos, se atreva á «tocarlas». En las costumbres americanas la arrogancia asume dos formas características: la rural, sintetizada en el «culto del coraje», y la urbana, encarnada en el «respeto por

la potencia sexual». Esas facetas del carácter criollo constituyen el reverso del carácter europeo, cuyas tres condiciones ideales serían: diligencia, alegría y democracia. La cualidad madre del carácter europeo ideal es la *diligencia*: del criollo es la *pereza*. «El trabajo es el progreso; la pereza es la decadencia»... Si entre ambos no hay oposición, hay por lo menos diversidad. La pereza y la arrogancia no se contradicen: «la arrogancia es el orgullo de la pereza», como la tristeza, por su parte, nace de la inacción.

La combinación de esos tres elementos hispano-indígena-africanos es desigual en los diversos pueblos de Sud América, proviniendo de ello y de la diversidad del ambiente las diferencias de matiz que se observan en la psicología regional de cada uno.

Todos los progresos y todas las decadencias pueden, en suma, reducirse á la mayor ó menor actividad de los pueblos. En Sud América todo es pereza, todo es decadencia, antes de producirse la segunda colonización europea. La pereza dorada «trae la falta de imaginación en las clases dirigentes, del poder y la fortuna; he ahí un principal enemigo del progreso». Además, la pereza criolla, así como anula el trabajo práctico, aniquila la labor del pensamiento en las artes y las letras, circundando sus mejores productos de invadeables tinieblas...

Bunge termina el «libro primero», preguntándose si el mal es incurable. Y encuentra un solo remedio: EUROPEIZARNOS por el trabajo. No se arguya que la europeización violenta nuestro carácter, «pues la indolencia no da ni quita carácter; si el carácter de los hispano-americanos es no tener carácter, ¡hagámonos un carácter!»



No insistiremos sobre la forma acentuadamente esquemática dada por Bunge á su «libro primero». Limitémonos á señalar ciertas inseguridades en la observación de los hechos.

Bunge atribuye demasiada importancia en la psicología actual de los hispano-americanos á caracteres que no son generales ni absolutos. No incurriremos en la puerilidad de citar casos y detalles para probar que la pereza, la tristeza y la arrogancia no dominan de manera exclusiva nuestra psicología. Preferimos comentar brevemente su exactitud, para interpretar en seguida genéticamente la cualidad fundamental de los hispano-americanos: la pereza.

La población rural es triste; la naturaleza monótona y desolada le acostumbra á tediarse, reflejándose en la melancolía de su música y de sus trovas primitivas. No es la raza solamente: es el medio. Esta doctrina no es de simple aplicación

criolla. La alegría de los griegos—tan celebrada por Nietzsche—es el producto de la naturaleza variada, festiva y frívola; nada hay solemne en su naturaleza, nada en sus espíritus (1). Taine no resiste á la tentación de transcribir dos magistrales páginas de Renán (2) que confirman su aserto, en «San Pablo». Cabe agregar que nuestro régimen colonial fué contrario á toda manifestación de alegría popular, aun en la propia ciudad, rivalizando conquistadores y frailes en su afán de aburrir á estas poblaciones; sobre ello insiste J. A. García en sus notorios estudios sobre la ciudad indiana.

Las cosas han variado en las ciudades, durante los últimos treinta años. El ambiente urbano es siempre y en todas partes más propicio á la alegría que el rural, y en las mismas campañas el estado mental colectivo tiende á variar, por un factor importante destinado á transformar toda la sociedad argentina: la inmigración de europeos en vasta escala, la «europeización» operada durante la segunda colonización de nuestro país. Las nuevas condiciones de vida, la forzosa actividad en el trabajo, la variación incesante del escenario en que actúa, hacen del criollo urbano un tipo alegre, vivaz, optimista, verdadera antítesis de la

(1) Taine: *Philosophie de l'art*, vol. II, pág. 134 y siguientes.

(2) *Ibid*: *En Nota*, de pág. 137 á 139.

proverbial melancolía del paisano legendario. Baste señalar la serie de artículos (de Florencio Sánchez) «Cómo se divierte Buenos Aires», que está publicando *El Diario*; para los que viven aburriéndose será una sorpresa el número y las modalidades de las diversiones bonaerenses. La creencia contraria nace de un factor enteramente personal: la observación de un reducido ambiente convencional y burgués, inarmónico con sus gustos, donde nunca hallaron eco simpático sus aspiraciones intelectuales; anegado por una mediocridad á la que no supo adaptarse, Bunge ha visto la vida argentina á través de un tul gris. Otros, como Sánchez, que han frecuentado selectos cenáculos de bohemia intelectual, donde olvidase la semipobreza en desbordes de imprevisora jovialidad, encuentran que los porteños somos alegres y espirituales. La generalización de Bunge nos parece inexacta; un observador de fenómenos psicológicos colectivos no tiene el derecho de subvertir la realidad al filtrarla por impresiones sentidas subjetivamente. Bunge no ha vivido alegremente, por eso ve tristeza en todas partes.

La «arrogancia» está menos difundida de lo que Bunge cree, neutralizándola el vicio opuesto, el «panurgismo», que conceptuamos hijo legítimo de la pereza, mientras la arrogancia parecería tener filiación adulterina. Probará nuestro aserto toda la política caciquista del mismo Bunge, que de-

nuncia la falta de arrogancia cívica de nuestro pueblo en todas sus clases sociales: desde la conservadora, mediocre y rutinaria, hasta el paisano domesticado por su condición servil. ¿Arrogancia hay acaso en que, en 1903, se escuche y acepte sin asombro la propuesta de dotar de Presidente á varios millones de habitantes, sin más ceremonia que la convención de un puñado de comanditarios de nuestro cacicazgo político? Entendemos que la arrogancia debe buscarse en las diversas manifestaciones de la psicología nacional, y no solamente en la «parada» del compadre suburbano ó en las hazañas antipoliciales de Juan Moreira...

Nos detendremos en la pereza—Bunge la declara base de la trinidad psicológica—para discutir su génesis y su interpretación.

Su observación en la mentalidad criolla es exacta. Sarmiento la señala y García intenta explicarla en *La Ciudad Indiana*. La sociedad colonial se compone de dos clases sociales: los poseedores de la tierra y los indigentes, aparte del mezquino comercio que está en manos de los primeros. Para el uno el trabajo es vil; para el otro es improductivo. El terrateniente es rentista por carácter; el indigente sabe que nunca conseguirá por su trabajo adquirir la propiedad de la tierra, fruto del privilegio. Ese divorcio de la propiedad y el trabajo en nuestro régimen colonial, netamente demostrado por García, inspiró á Rivadavia sus leyes agra-

rias y fué descrito por Alberdi y Estrada. Allí está el germen de la pereza argentina: los unos consideran denigrante el trabajo y los otros creen inútil trabajar sin la esperanza de adquirir la tierra monopolizada por pocos privilegiados.

Ese hecho tiene por consecuencia el hábito colectivo de la pereza, cuando ciertas condiciones del medio contribuyen á hacerla posible: la excesiva producción natural. Nuestros campos llenos de ganado que se carneaba para vender el cuero por un precio irrisorio, excluían la necesidad de trabajar para comer; esa abundante ganadería sin dueño, señalada por todos los cronistas del coloniaje, permitió que la pereza arraigara hondamente en hombres cuyo único instrumento de trabajo fué el cuchillo para carnear en cualquier sitio y momento.

Para Bunge toda la causa de la pereza está en los factores étnicos que entran á componer el pueblo hispano-americano. Prescindamos de que el mismo confiere á una de las tres razas—la negra—«hiperestesia de la aspirabilidad», cuya manifestación necesaria es—y no puede ser otra—la hiperactividad. El mulato rampante, canallesco—mente trepador, necesita multiplicarse para alcanzar su objetivo; su actividad no es, no puede ser pereza, ni conducir á ella. Esta objeción, con ser de peso, la reputamos secundaria.

Nuestra objeción fundamental es otra; sin negar

la influencia de la raza en la formación del carácter nacional, pues ello equivaldría á negar la herencia psicológica, la consideramos secundaria, subordinándola á la influencia del ambiente. El error de Bunge está en atribuir á la raza—abstractamente considerada, con independencia del medio en que actúa—el origen de la pereza.

La pereza no es un sentimiento venido de la nada al cerebro humano; es una representación psicológica de la inercia orgánica. Nace de la falta de actividad; es una desviación de la fisiología, es una enfermedad. Puede ser directamente psicológica: representación de una inactividad ya habitual; puede ser secundaria y tener un substratum mórbido, resultante de una enfermedad orgánica que impide la actividad. La *pereza colectiva*, excluida la hipótesis de una enfermedad orgánica, es una pereza directa: la representación psicológica colectiva del hábito de no trabajar. Expliquémonos.

Sociológicamente, la actividad colectiva de cualquier agregado social está en razón directa de las dificultades que ofrece la explotación de la naturaleza, para extraer de ella las subsistencias; en otros términos, la cantidad mínima de trabajo que debe desarrollar un agregado social depende de las resistencias que opone el ambiente á la producción de los medios de subsistencia; es la fórmula de la lucha por la vida de las especies bio-